

José Trinidad Reyes Sevilla

*Paúl Martínez**

Transcurría el año de 1854. En una pequeña casa, situada al costado de la extinguida iglesia de Nuestra Señora de la Concepción, comunicada con el templo por medio de la sacristía, se deslizaban risueños los días de mi infancia. Los sábados me causaban grande alegría, porque se celebraba en la vecina iglesia la misa de la Virgen. Al despuntar el alba, despertaba casi asustado por los bulliciosos repiques que convidaban a los fieles. En ese estado indeciso, intermedio de la vigilia y el sueño, recordaba que tenía un amigo cariñoso en la sacristía, y encaminábame a verle, sin ocuparme en perseguir, como otras veces, a los gorriones que revoloteaban en torno de las flores de un hojoso limonero que ornaba el estrecho patio de mi humilde hogar. Todo lo dejaba, sin sentimiento, para encaminarme ligero y alegre a la sacristía, que una mano amiga me dejaba entreabierta.

En el umbral situaba mi observatorio, y, ansioso, a cada momento asomaba la cabeza, para ver a mi amigo. De ordinario, veíale arrodillado, inmóvil, ante la dulce imagen de la Virgen, que, iluminada por la incierta luz de la mañana y por dos velas de amarillenta cera, destacábase sobre una peana cubierta de rosas, de dalias, de nardos y de jazmines. Largo rato permanecía en aquella actitud, con la vista enclavada en el suelo y absorto en fervorosa y purísima oración. Por fin, volvía los ojos, fijábalos con amor infinito en el rostro divino de la Virgen, y de allí, dirigía una mirada suplicante al azulado cielo, que dejábase ver a través de

una pequeña ventana, cuya madera envejecida mostraba la carcoma del tiempo.

Concluída la oración, aquel hombre piadoso se levantaba con profundo respeto. Entonces, yo asomaba nuevamente la cabeza y hacía ruido en la puerta, para que advirtiese mi presencia. Conocedor de mis pueriles ardidés, volteaba a ver, y a mi sonrisa de niño correspondía con tierna sonrisa paternal. Me llamaba con un ligero movimiento de mano, que a mí me parecía, aunque no formulaba la idea, cariñoso aleteo del ave que llama a su polluelo. Yo acudía, saltando, y él me apretaba la cabeza entre sus manos, y me hacía caricias, que me agradaban mucho más, cuando al despedirme, me daba golpecitos en la cara y me regalaba nardos y claveles, que me decía eran «flores de la Virgen», y por añadidura, algunos centavos para mis juguetes.

Días serenos de mi infancia, ¿por qué os fuisteis tan presto? Amigo de mis primeros años: ¿por qué no existes, para que el hombre, abrumado por desengaños y pesares, te muestre el afecto que te mostraba el inocente niño?

Jamás olvidaré la imagen de aquel hombre venerable. A través de las espesas brumas del tiempo, yo la conservo grabada en mi alma. Era un sacerdote de mediana estatura; su cuerpo robusto y la morbidez y suaves contornos de sus formas revelaban, a la simple vista, la virginidad de su organismo y de su alma; su cabeza, casi siempre inclinada, tal vez por el peso agobiador de las ideas, era grande, bien

Desde 1923, el calendario cívico hondureño registra el 11 de junio de cada año como el día del estudiante, fecha que coincide con el nacimiento del ilustre sacerdote José Trinidad Reyes Sevilla. El padre Reyes fue un virtuoso docente, gestor cultural, músico, orador y escritor de obras de teatro, se formó en León Nicaragua y su vida aconteció y trascendió en Tegucigalpa, población en la que junto a otros intelectuales organizó “La sociedad del genio emprendedor y del buen gusto”, que posteriormente se convirtió en universidad de la cual, en 1847 se convirtió en el primer rector.



Escultura en Bronce representa al padre José Trinidad Reyes elaborada por Mario Zamora Alcántara. Foto: Rubén Darío Paz

formada, cabeza escultural; su frente no era espaciosa, pero sus marcadas protuberancias decían, al hombre de ciencia, que era la frente de un pensador; sus cejas eran pobladísimas y, debido a un perenne contracción nerviosa del entrecejo, aparecían como una prolongada línea negra, interrumpida por pequeñísimos copos de esa nieve del invierno de la vida que se llama las canas; sus ojos eran algo saltones, como si quisieran estar listos para recoger mucha luz; carecían de belleza, en la forma, pero su dulce mirada hacía transparente el fondo de la infinita ternura que encerraba su alma; su nariz era irregular, modelada por el tipo de la raza mestiza; sus labios eran gruesos y salientes, particularmente el labio inferior; de una a otra comisura, notábanse, en raro contraste, las líneas de la boca de Voltaire, el filósofo demolidor, con las líneas de la boca de Juan, el piadoso evangelista; ora jugueteaba en sus labios la picante sonrisa del epigrama, ora la dulce sonrisa expresiva de la mansedumbre, de la benevolencia cristiana para todos sus hermanos los hombres. Tales facciones resaltaban en el fondo de su color trigueño, palidecido por las vigiliadas del estudio y por las meditaciones y los éxtasis de la oración.

El hombre que he procurado describir, evocando lejanas y caras memorias de mi corazón; el hombre a quien oía llamar siempre, por los niños y por los pobres, «padre mío», y a quien yo daba el nombre de amigo o de padre, porque creía, y con razón, que era el verdadero amigo o el padre de todas las buenas gentes; el hombre que llegó a ejercer grande y benéfica influencia en la familia, en la sociedad, en el Estado. ¿qué nombre tuvo? ¿Cuál fué su historia? Su nombre, José Trinidad Reyes. Su historia —la de su vida, la de su genio y sus obras— aunque a grandes rasgos, voy a contársela.

El día 11 de junio de 1797, nació en esta ciudad José Trinidad Reyes, segundo hijo de Felipe Santiago Reyes, honrado Profesor de música, y de María Francisca Sevilla, instruida y talentosa señora, de quien dicen sus contemporáneos que no se podía discernir si valía

más por sus muchas virtudes, o por la solidez y brillo de su grande inteligencia.

Reyes no vino al mundo en brazos de la fortuna. Estaba destinado a sobrellevar el peso de los contratiempos, de pobrezas y aun de miserias, pues los autores de sus días carecían de un nombre ilustre y de un rico patrimonio. Mas la naturaleza providente, que nada olvida, dióle, en compensación, las aptitudes musicales de su padre, y la bondad y los talentos de su virtuosa madre. ¿Qué más patrimonio? Poseía, al nacer, valiosos bienes que no arrebataban las malas voluntades de los hombres ni los caprichos de la voluble suerte: bienes que van a donde va nuestro espíritu, y que desaparecen hasta que se pierden cerca de los límites del sepulcro, cuando también se pierde el último aliento de la vida.

Los primeros años de Reyes corrieron en humilde y apartado lugar, como pasa la infancia de los hijos de los pobres. Para él no había la solicitud cariñosa ni las exquisitas atenciones de la sociedad, que prodiga elogios, obsequios y mimos al hijo del poderoso; para el no había bonitos y variados vestidos, ni numerosos y lindos juguetes; pero se indemnizaba de todo esto, con las caricias constantes de sus padres, que son los presentes que los pobres ofrecen a sus hijos, como para compensarles, a fuerza de ternura, los halagos que les niega la esquiva fortuna.

Cuando hubo llegado a la edad de recibir la instrucción rudimental, primer alimento del alma, sus padres atendieron con empeño a este objeto. Tomaron, para sí, el cargo de instruirle en la moral y en el arte de la música, y, a la vez, le confiaron a las señoritas Gómez —por antonomasia llamadas «las maestras»— quienes le enseñaron la lectura y la doctrina cristiana. Tal era la enseñanza primaria de la época.

Felices fueron los ensayos del niño, en orden a su instrucción primaria. Difícil, aplicado, inteligentísimo, aprendió en breve, todo lo que había de aprender en la pequeña esfera de la escuela de aquellos tiempos. Desde temprano, el pobre niño hizo la revelación de que en su alma estaba encerrado, como el polen fecun-

dante en el botón de la flor, el germen de un gran porvenir.

Instruido en la modesta escuela de las maestras Gómez, Reyes divisó, aunque en vaga lontananza, nuevos y dilatados horizontes. Aspiraba a una instrucción superior, al comercio de la inteligencia con los productores y propagadores de las luces del saber. Por desgracia, imperaban a la sazón, en Honduras, las viejas instituciones coloniales con sus desigualdades y privilegios, sostenidos por la autoridad de monarcas absolutos que lo eran por derecho divino. Reyes, el niño desvalido, quería, con afán, aprender la sabia lengua latina; y sin embargo, ¡no le era dado poseer la lengua de Lacio! ¿Por falta de recursos? No. ¿Por falta de maestros? Menos. ¿Por falta de aptitudes? Mucho menos. ¿Por qué, entonces? Porque lo prohibían las leyes y las costumbres de aquellos tiempos; porque Reyes no se había mecido en cuna dorada; porque Reyes carecía de viejos pergaminos; en una palabra, ¡porque Reyes no era noble! Sólo a los hijos de los nobles era permitido instruirse en ciencias y letras, en el Colegio Tridentino de la ciudad de Comayagua, asiento de la Gobernación de la Provincia. ¡Funesta influencia la de aquellas instituciones, que, con su manto de tinieblas envolvían el espíritu de los hijos del pueblo, para que no brillase la luz de sus ingenios! La justiciera historia se ha encargado ya de condenar tamaño crimen.

Está reservado siempre al carácter y al genio vencer las resistencias, por formidables que se les opongan. Reyes tenía ambas dotes; perseveró en su propósito, con aquella fe suya, candorosa y jamás entibiada, que había de asegurarle el éxito en las rudas batallas de la vida; y hubo la feliz circunstancia de que, por aquel tiempo, 1812, permaneciese en el Colegio de Nuestra Señora de las Mercedes el Reverendo Padre Fray Juan Altamirano, quien, cediendo a sus generosos sentimientos, y a despecho de las preocupaciones reinantes, enseñó a Reyes el idioma latino. Más tarde, el discípulo pagó a su maestro la deuda de gratitud que había contraído, dedicando a su

memoria sentidos versos, ¡flores y lágrimas del poeta agradecido!, ¡flores y lágrimas regadas sobre la tumba de su bienhechor inolvidable!

En parte estaban satisfechas las aspiraciones del joven Reyes. Conocía el idioma latino y el arte de la música, y conocía además, el arte del dibujo, que aprendiera bajo la dirección de don Rafael U. Martínez, pintor guatemalteco, que vino a Tegucigalpa a ejecutar algunas obras. Pero nuevos tropiezos encontró en su penosa carrera. En su país no podía dedicarse a estudios profesionales; y contaba ya dieciocho años, edad en que se aspira noblemente a alcanzar un puesto honroso en el mundo; edad, también en que se atesoran las más grandes esperanzas y las más caras ilusiones.

Para abrirse paso en el camino de las letras, y en lucha con mil dificultades que le ofrecía la pobreza, convino con sus padres a dirigirse a la Provincia de Nicaragua, a fin de hacer sus estudios superiores en la Universidad de León, que por entonces florecía.

El 20 de enero de 1815, Reyes, bajo la guardia de un buen labrador del barrio La Plazuela, llamado Miguel Alvarez, y acompañado de los devotos que iban a romería al Pueblo de El Viejo, se encaminó a la vecina Provincia nicaragüense. Reyes era el pobre peregrino, que iba, a otro suelo, a ofrecer sus votos en la santuario de la ciencia: sus acompañantes eran peregrinos, también, que iban a ofrecer, a la Virgen del Viejo, los votos de su fe religiosa. Impulsaba a Reyes la idea; a sus compañeros el místico sentimiento. Así viaja la humanidad, por los mismos caminos, pero con fines distintos. ¡Más dichosos, siempre, aquellos que peregrinan, en la vida, llevando muchos ideales en la mente, o mucho amor en el corazón!

A los pocos días, el joven estudiante, aquejado, más que por el cansancio, por los dolores de la ausencia del hogar paterno y de la tierra nativa, llegó a la populosa ciudad de León. Se hospedó en casa de Don José María Guerrero, padre del virtuoso Presbítero e instruido Doctor del mismo nombre, donde fue recibido como uno de la familia. La austeridad de su vida, la dulzura de su carácter, la distinción de sus mo-

dales, su versación en las artes y su aptitud para las ciencias, franqueáronle, de pronto, las puertas de la hospitalaria sociedad leonesa, y le captaron el aprecio sincero de las personas más distinguidas, entre las que figuraban Fray Nicolás García y Jerez, a la sazón Obispo de Nicaragua.

La actividad y la atención de Reyes, estaban dedicadas al estudio. Perfeccionaba sus conocimientos en el Castellano y el Latín, cursaba Filosofía, después Cánones y Teología, y al mismo tiempo estudiaba matemáticas, para lo cual iba, diariamente, al Cuartel de Artillería, a recibir lecciones de don Manuel Dávila, acreditado artillero que, más tarde, trajo al país el General Morazán, y quien, con su valor y pericia, contribuyó al buen éxito de la famosa batalla de La Trinidad, librada en 1827. Las pocas horas que podía robar al estudio, las empleaba en ayudar, en la Catedral y otras iglesias al señor Guerrero, en sus oficios de Maestro de Capilla. Así cultivaba, cada vez más, el arte musical, y hallaba un recurso para satisfacer sus necesidades, y para auxiliar, en lo posible, a sus padres, necesitados de los recuerdos y del apoyo del hijo ausente.

En la Catedral de León —en aquel templo católico de sólida y deforme fábrica, de sombrías y espaciosas naves, de elevada y anchurosa cúpula, de cuadradas y ennegrecidas torres y de severo aspecto—, ahí, el joven Reyes, contemplando las nubes de oloroso incienso, que se elevaban y se desvanecían y perdíanse en el azulado cielo; viendo los amarillentos cirios de que partían múltiples rayos de luz, que se descomponían en los vidrios de las altas ventanas o se quebraban en las columnas de las arqueadas naves, yendo a morir, con sus últimos reflejos, en las pupilas de los ángeles, al parecer animados y sonrientes sobre sus pedestales de perfumadas flores; oyendo las notas del órgano que, ya graves y solemnes, ya tiernas y dulcísimas, semejan voces, ayes del misticismo, lamentos y quejas de una religión que pide a lo alto luz para la tenebrosa conciencia, y paz y consuelo para el triste y lacerado corazón; ahí Reyes, con la sed de lo

infinito, con las visiones extraordinarias de lo sublime, arrebatada su mente por el ideal divino, inflamado su corazón por el amor inmenso, envuelta toda su alma en mística atmósfera.... ahí apartó los ojos de las miserias de la tierra, y volviólos al cielo; olvidóse de las inestables glorias de la vida, y abismóse tan sólo en la eternidad de Dios; y quiso ser ungido del Señor, quiso ser Sacerdote.

Reyes tenía resuelta su vocación. Después de obtener brillantemente, con las calificaciones más honrosas, los títulos de Bachiller en Filosofía, Teología y Derecho Canónico, pensó en poner los medios de seguir y terminar su carrera Eclesiástica. Iba a ordenarse, a ver cumplidos los mandatos de su vocación. Pidió sus letras al prelado de esta diócesis, que lo era, en calidad de Vicario y Provisor, el señor deán don Juan Miguel Fiallos. El noble deán rehusó al humilde Reyes sus letras, por el motivo, entonces muy poderoso, de que pertenecía a la clase de los plebeyos. ¡Qué decepción tan amarga para el pobre pretendiente!

Era, a manera del viajero fatigado que, después de atravesar un desierto de encendidas arenas, rinde al fin de la jornada, con los pies manando sangre y los labios abrazados por la sed, y que, como el Nazareno, no encuentra ni en donde reclinar la desmayada cabeza. No obstante, Reyes no exhaló ni una queja. Resignado, dobló la cerviz ante la adversidad, y, grande en su desgracia, se limitó a escribir a sus afligidos padres, diciéndoles: “Si Dios me llama al Sacerdocio, no habrá quien lo impida”. Confió y esperó.

En trance tan difícil, en situación tan dolorosa, Fray Ramón Rojas, guardián del Convento de Recoletos, de quien se dice que murió en olor de santidad, vino en ayuda de Reyes, que, aunque resignado, estaba profundamente entristecido por la negativa del deán Fiallos. Rojas aceptó al pretendiente, como novicio, en el Convento, quien logró ordenarse de menores el año de 19, de subdiácono el de 21, y, hecha su profesión religiosa, de Diácono y Presbítero del de 22, recibiendo las sagradas órdenes de manos del Obispo García Jerez. Nicaragua re-

paró la falta de Honduras. Reyes satisfizo sus aspiraciones supremas; pero al hacerlo, fué con dejación del siglo y de su Patria, necesitada ésta de sus luces, de su genio emprendedor y de sus edificantes virtudes.

La destructora y horrible anarquía que se desencadenó en el Estado de Nicaragua en el año de 1824, a la que puso término en 1825 el General don Manuel José Arce, ex-Presidente de Centro América, obligó a Reyes y a sus compañeros los religiosos a emigrar a Guatemala, para incorporarse a la comunidad de su orden, en el Convento magnífico de Recoletos de aquella hermosa y querida capital, donde, en el citado año de 25, fueron recibidos con la benevolencia propia del hogar hospitalario y de la fraternidad cristiana. En el convento de sus hermanos, Reyes, después de cumplir, con escrupulosidad ejemplar, sus deberes monásticos, dedicaba todo su tiempo al cultivo de las ciencias y de las artes. En la biblioteca de los recoletos leía y releía las obras de los teólogos y canonistas, de los historiadores y oradores sagrados, de los filósofos, de los físicos, de los astrónomos y de los humanistas latinos, franceses y españoles: y, si daba esparcimientos a su ánimo paseándose por los amplios corredores de los claustros o por las ricas y umbrosas huertas de su convento, lo hacía, casi siempre, observando fenómenos celestes, como astrónomo, fenómenos meteorológicos, como físico, y fenómenos de la vegetación y de la florecencia, como naturalista. Además, depuraba su gusto en el arte musical y en el pictórico, tan propios del genio eminentemente artístico del pueblo de Guatemala.

En principios de 1828, pidió licencia al padre guardián para regresar a su país nativo, con el objeto de ver a su familia. Es fama que el guardián era severísimo, y aun adusto, y que inspiraba temor a los individuos de la comunidad; sin embargo, de buen grado y con muestras de cariño, concedió a Reyes una licencia de tres años. ¡Hora feliz para Tegucigalpa! ¡Día de bendición para Honduras! Dice, con justicia. El señor Girón, en sus apuntes relativos a la vida de Reyes.

Fray José Trinidad salió de Guatemala y tomó la vía de Chiquimula; se detuvo en Esquipulas para visitar al Señor de dicho pueblo, tan reverenciado por los creyentes, de dentro y fuera de Centro América, por sus estupendos milagros. Dice el señor Girón que habiendo salido Reyes a la puerta de su posada, para ver pasar una tropa de entró inusitadamente, quedó ciego en el acto y exclamó: «¿Será posible, Señor, que aquí, donde tantos han venido a recobrar la vista, pierda yo la mía?»; que, para su recobro, el enfermo ofreció al Señor una misa en acción de gracias; que llevaronlo ciego al lecho, en donde las señoras de la casa le pusieron unos «parches de Vigo y un paño sahumado en alhucema»; y que, al otro día, al despertar, vió perfectamente y se dirigió gozoso a cumplir el voto de la misa ante el altar del Señor de Esquipulas. Sin otro accidente digno de notarse, siguió el padre recoleto su largo camino; llegó a la ciudad de Gracias a Dios, antiguo asiento de la Audiencia de los Confines, en donde fué recibido y agasajado por el presbítero don Francisco Pineda, quien le hizo acompañar hasta el punto de su destino.

Al fin, en la tarde del día 13 de julio del citado año, llegó a la vecina Villa de Concepción o Comayagüela, y allí se detuvo, transitoriamente, hospedándose en la casa rural, debido a algunos disturbios locales; pero, conocida su llegada, que había efectuado de incógnito, fueron a verle su familia y los vecinos de la ciudad. Ofrecióse, entonces, un cuadro verdaderamente conmovedor; la madre, olvidando por un momento la dignidad materna, sólo pensó en la santidad del sacerdote, y, derramado lágrimas de alegría, arrodillóse ante su hijo para pedirle su bendición; después le abrazó tiernamente, una y muchas veces. Esto me recuerda la escena bíblica en que Jacob oprime entre sus brazos a José, después de muchos años de llorarlo muerto. ¡Qué bellas escenas, para ser trasladadas al lienzo por el pincel de un artista!

Pública ya la llegada de Reyes, los individuos de todas clases sociales acudieron alborozados a la casa cural, para darle la bienveni-

da. Su familia buscóle hospedaje en el convento de los franciscanos; pero los frailes presentaron dificultades para recibir a tan distinguido huésped. El día 14, siguiente al de su llegada, después de celebrar misa en la iglesia de Comayagüela, acompañado de sus parientes y amigos, y con la humildad del romero, entró a pie a esta ciudad, y fué a instalarse en el desocupado convento de Nuestra Señora de las Mercedes, que había de ser, hasta su muerte, su habitual vivienda. Aquel recoleto, que hacía su entrada apoyado en su bordón de peregrino y sin más equipaje que su hábito de estameña y unas empolvadas sandalias, traía en su corazón un gran tesoro de virtudes, y en su inteligencia la viva luz que haría visibles, para los hondureños, nuevos y hermosos horizontes.

Los tiempos en que el Padre Reyes regresó a su Patria fueron verdaderamente borrascosos. Acababa de pasar la funesta invasión de Honduras, efectuada el año de 27, y, entre conmociones y hechos de armas, se preparaba, como consecuencia, la gran revolución del año de 29, que cambió por completo la faz de Centro América. La falta de paz y de bonanza imposibilitó a Reyes para hacer, desde luego, a Honduras, los beneficios que más tarde le prodigó a manos llenas. El año del 31 debía expirar su licencia, y tendría, entonces, que regresar al convento, para no volver jamás a su nativo pueblo. Más la revolución del 29 echó por tierra los institutos monacales, y Reyes, en fuerza de nuevos decretos, quedó secularizado y en capacidad de servir toda su vida a su país. ¡Qué aspectos tan diversos y tan opuestos tienen los sucesos revolucionarios! Lo que fué una gran desgracia para las comunidades religiosas, fué una gran fortuna para Honduras. Valiéndome de las palabras expresivas del Evangelio, Reyes había estado bajo el celemín, oculto; pero salió a la luz del siglo, florecieron y fructificaron, al calor de la Patria, sus talentos y virtudes, e hizo inapreciables bienes a sus conciudadanos.

En el resto del año de 28 y en los de 29, 30 y 31, dadas las circunstancias anormales del país, Reyes se concretó, casi exclusivamente,

al servicio del culto, al que empezó a dar muchos atractivos, con sus pláticas y sermones, que siguió pronunciando durante veinticuatro años, y con sus villancicos, cuya música componía, y que eran oídos por numeroso concurso en las alegres fiestas de la Pascua y en las de la Natividad de María. En sus pláticas y sermones, más se ocupaba en dar enseñanzas morales, que en hacer panegíricos de santos y disertaciones sobre abstrusos temas teológicos. Como hombre ilustrado, no aterrorizaba al pueblo con las llamas del infierno; más bien le mostraba el cielo, y, para llegar a él, la escala mística que proporcionan la verdad conocida y la virtud sentida y practicada. Sus oraciones sagradas pedidas, acaso por completo, me hacen recordar los buenos tiempos del padre Lacordaire y del padre Jacinto, no por la magnificencia de la oratoria, de que Reyes carecía, relativamente, sino por sus altas y trascendentales enseñanzas morales.

En el año de 1830, empezó a tomar alguna parte en asuntos políticos relacionados con los intereses de la Iglesia. El presbítero don Francisco Márquez era hombre de grande influencia política en el Estado, y amaba, con uno de esos amores ardientes y avasalladores que no reconocen obstáculos, a Carmen Lozano, dama muy principal de esta ciudad. Quería unir, eternamente su suerte a la suya, y, prevalido de su posición, de sus valiosas relaciones y de su carácter de diputado, el 27 de mayo del expresado año de 30, obtuvo del Congreso, que se reunía en la Casa de Moneda, un decreto autorizando el matrimonio de los eclesiásticos seculares; decreto rechazado por los clérigos diputados al Congreso y por la mayoría de la gente sensata. Reyes, por medio de su padre don Felipe Santiago, que era diputado, opuso al decreto un razonado y convincente dictamen. Y sobrados motivos había para ello. El decreto tenía por origen el interés amoroso de un Sacerdote, y no la opinión pública; además, fué una ley, en todo sentido, absurda. Se comprende que los clérigos se casen civilmente, cuando, separada la Iglesia del Estado, la ley los autoriza para ello y reconoce

los efectos legales de su matrimonio. Pero, establecer el matrimonio de los clérigos in facie ecclesiae conforme a los cánones, cuando éstos declaran nulo dicho acto matrimonial, es incurrir en un contrasentido en que sólo pueden caer legisladores desprovistos de las más elementales ideas sobre Derecho Público Civil y Eclesiástico. No obstante, el decreto se llevó a efecto. Fray Luis Vega, cura de esta parroquia, contrajo matrimonio con la señorita Eleuteria Espinoza, y el cura de Comayagüela, don Joaquín Molina, con la señorita Nicanor Cantor. ¡Sólo el pobre amartelado Padre Márquez no pudo casarse, porque la señora de sus tiernos pensamientos rehusó con obstinación las bodas, y, desesperado y suspenso como sus compañeros, retiróse al pintoresco pueblo de Güinope, en donde vivió, lleno de infinita tristeza, y en donde sólo con la muerte pudo dar término a la cruel memoria de sus desgraciados amores.

Efectuado el matrimonio del cura Fray Luis Vega, el Presbítero don Nicolás Irías, que como Provisor y Vicario General gobernaba esta diócesis, nombró al padre Reyes cura de Tegucigalpa, a pedimento de las señoras principales de esta ciudad, representadas por la talentosa doña Josefa Cocaña y por doña Dolores y doña Petronila Midence. Más, Reyes, siempre humilde, renunció la cura de almas, e influyó para que recayese el nombramiento en el presbítero José Trinidad Estrada, que ejerció el cargo cerca de cincuenta años, y a quien acompañó, en calidad de coadjutor, haciendo los penosos oficios de confesor y los difíciles de orador en la cátedra sagrada. Por doquiera se le veía, como ayudante del cura, alegre y festivo, ejerciendo su ministerio, tan solícito en interés de los ricos como de los pobres. Como hombre de arreglo, llevaba la cuenta de sus entradas y salidas. En sus muchos años de trabajo, hasta el 43, ingresó a la gaveta de su mesa la suma de \$ 50.000; y, sin contar con los ingresos de doce años más y el valor de muchos obsequios que recibía, a su muerte, sólo dejó sus modestos muebles a su familia, y la iglesia de la Concepción, que había adquirido por una capellanía

fundada por uno de sus mayores, la legó en beneficio público. No atesoraba: sostenía el culto a sus expensas, y los pobres formaban parte de su numerosa familia. Reyes era el tipo perfecto del sacerdote evangélico.

Reyes no sólo era el padre de los necesitados, sino, también, el prudente consejero de las familias, cuya paz restablecía o afirmaba. Además, como hombre ilustrado, se oponía, siempre a las falsas ideas y preocupaciones del pueblo, hijas de la ignorancia y del fanatismo. No fanatizaba; moralizaba e ilustraba. De esta conducta dió pruebas, evidentes y repetidas, aún en los momentos de pública tribulación. El 20 de enero de 1835, llamado vulgarmente «el año del polvo», ocurrió que, de repente, se oscureciera el sol, se sintieron horribles sacudimientos de tierra, ya de oscilación, ya de trepidación, y se oyeron retumbos prolongados y pavorosos, que semejaban truenos ensordecedores de una tempestad deshecha. La Luz se extinguió por completo a causa de la abundante lluvia de polvo que caía sin cesar, al grado de que para verse las personas, de cerca, se acudía a hachones de ocote, o a velas que pronto se apagaban. El pueblo, consternado, sintió los terrores del siglo X; creyó llegado el Juicio Final, y hombres y mujeres, ancianos, adultos y niños, a voz en cuello, hacían pública y general confesión de sus culpas. Así lo creían, también, los sacerdotes, que oían, en desorden, a sus aterrados penitentes. Pero Reyes, sacerdote que sabía física y química, logró devolver al pueblo la calma, impidiendo las generales y públicas confesiones. A todos decía:

—No os aflijáis, ni déis escándalos; no es el día del juicio: un volcán cercano ha hecho erupción; el peligro ha pasado, y el polvo dejará de caer dentro de poco tiempo.

Reyes era un oráculo para su pueblo, y éste, creyéndole, dejó de creer en el Juicio Final y de decir a gritos sus pecados. A poco se confirmó, por los hechos, el dictamen del hombre de ciencia. El polvo fue disminuyendo, una pálida luz fue alumbrando, y a los tres días, el sol apareció en todo su esplendor. Después

se supo que había hecho erupción el volcán de Cosigüina, en la costa del Pacífico del Estado de Nicaragua, limítrofe del de Honduras. ¡Cuánto afligen la ignorancia y el fanatismo religioso! ¡Cuánto consuela y fortalece la ciencia!

Incansable en sus labores, ya en beneficio del culto, ya de la sociedad, en el citado año de 35 reedificó la capilla del templo de La Merced, y después la de los templos de San Francisco y del Calvario. Ayudó eficazmente, al señor don Antonio Tranquilino de la Rosa, en la obra importante de reparar nuestra hermosa iglesia parroquial, que estaba en ruinas, a causa de los sacudimientos de tierra de 1809; prestó asimismo su ayuda al señor Rosa en la construcción que éste hizo, por su cuenta, del antiguo cementerio de esta ciudad, también edificó los pequeños templos de Las Casitas, de Soroguara y de Suyapa, famosa esta última para los creyentes, por su diminuta y milagrosa Virgen; y por fin, se hizo esfuerzos, aunque malogrados, para construir el hospital de esta ciudad, cuyos cimientos quedaron hechos cerca de la Iglesia del Calvario. Por doquiera haya ciertamente, recuerdos del Padre Reyes; en nombre de la fe, se le recuerda, por la exaltación que dió al culto; en nombre de la razón, por sus obras en pro del bien público, y de los derechos y fueros de la humanidad.

En febrero de 1837 hubo grandes fiestas en Tegucigalpa, con motivo de la restauración de la iglesia parroquial; Reyes, que era el alma de los regocijos públicos, estuvo a gran altura. Pronunció el sermón panegírico de la dedicación del templo, y, haciendo el encomio de la suntuosidad de la obra y de la munificencia de sus promotores, exclamaba elocuentemente: Videte quales lapides, videte quales homines! El orador sagrado, que era también filarmónico y compositor, dió para su estreno, en la solemne festividad de la dedicación, su afamada misa de El Tancredo. Tanta alegría, como acontece en la vida, tuvo una compensación de dolores y desventuras. El cólera asiático estaba en acecho, y, no obstante las medidas sanitarias tomadas por la Municipalidad, en septiembre del mismo año hizo su invasión

la terrible epidemia. ¡Por todas partes consternación y duelo! Tegucigalpa perdió a sus hijos más benéficos, entre ellos al señor don Antonio Tranquilino de la Rosa y a su hijo del León. También el Padre Reyes fué atacado del cólera; pero logró salvarse, después de estar entre la vida y la muerte. ¡Dichosa salvación, la del hombre ilustre que, años después, debía fundar el primer establecimiento literario de la República!

La Arquidiócesis de Guatemala había quedado sin arzobispo en 1829, por el destierro de Fray Ramón Casaus y Torres, en El Salvador, había corrido mal viento el obispado establecido revolucionariamente por el memorable Padre Delgado, que se puso la mitra entre acerbas contestaciones canónicas y trascendentales disturbios públicos; y en Honduras, desde la muerte de Fray Vicente Navas o de don Manuel Julián Rodríguez (1810), según el cronista Juarros, hubo sede vacante. Casi vencida la revolución liberal del General don Francisco Morazán, se atendió al restablecimiento o colocación de los príncipes de la iglesia. Por medio del Presbítero don Jorge Viteri y Ungo, que fué en misión a Roma, se hizo, en 1840, el arreglo que sigue: fueron Arzobispo Auxiliar de Guatemala, el Doctor don Francisco de Paula García Peláez; Primer Obispo de EL Salvador, el comisionado señor Viteri, y Obispo de Honduras, el Padre Reyes. “La noticia se comunicó a esta ciudad —dice el señor Girón, con esa sencillez y naturalidad propias del buen cronista— y causó extraordinario regocijo, y se celebró con repique general de campanas, y con alegre música que se llevó a las del preconizado Obispo, presidida la concurrencia por el señor cura Estrada, que, con mucha razón, se mostraba sumamente satisfecho. Más, en medio de tan justa alegría, sólo el Padre Reyes estaba triste y temblaba, en presencia de la alta dignidad que se le anunciaba y pedía a Dios lo libraré de ella”.

Para la efectividad del obispado, necesitábase de la consagración, que ofrece, a veces, grandes dilatorias; e interpretando las ideas del señor Girón, Dios, valiéndose del General

Francisco Ferrera, Presidente del Estado, que llevaba entre ojos a Reyes por sus ideas independientes y de la camarilla que a aquel aconsejaba, hizo llegar al Vaticano la falsa noticia de que Reyes había muerto. El Papa Gregorio XVI, creyendo cierta la noticia, y en vista de la nueva terna que le remitió el Gobierno de Honduras en uso del derecho de patronato, nombró Obispo de la Diócesis al Presbítero don Francisco de Paula Campoy y Pérez, quien fué consagrado en Guatemala el año de 1845. En este año regresó a Comayagua, en donde se hallaba Reyes en calidad de detenido por orden del General Ferrera. Este mulato de hierro, este sacristán sublime por su valor, que se había educado en casa de Reyes, no sólo le arrebató la mitra, como se ha visto, juzgándole enemigo de su política, sino que, además, le sometió a vejámenes y duras represiones. Y nada más injusto que tales procedimientos. Reyes, con su genial franqueza, reprobaba enérgicamente los malos actos del Gobierno, así como aplaudía los que le parecían buenos. Esta franqueza fué su crimen, y el origen de enemistades que le causaron grandes sinsabores, y de persecuciones que sufrió con la conformidad que inspira una conciencia recta y tranquila.

Tanto en 1845, en Comayagua, como en 1846, en esta ciudad, trató al señor Campoy con muestras de profundo respeto y de sincero cariño. No guardó rencor a sus enemigos, que inventaron la noticia de su muerte para privarle del obispado; y por tal beneficio del cielo, que así lo estimaba, cantó, en acción de gracias, una misa solemne en la Iglesia de La Merced. Desde entonces, no volvió a hablar de incidente tan vergonzoso, que exhibe los ruines manejos de nuestra política; y cuéntase que solo una vez, en el año de 51, en que hizo una visita en León de Nicaragua al señor Obispo Jorge Viteri, emigrado de El Salvador, recordó el suceso, con motivo de mostrarle Viteri el retrato de Gregorio XVI, diciéndole: "Conozca usted al Papa que le hizo Obispo de Honduras". La verdadera grandeza está en olvidar las ofensas. Elevarse sobre la envidia y miserias humanas es la mayor de las elevaciones.

Llega el momento de referirme a una de las labores más costosas y trascendentales de Reyes, cuyo solo mérito bastaría para inmortalizar su memoria. Poco tiempo después de su regreso a Guatemala, en las horas que le quedaban libres, y que bien hubieran podido ser de justo vagar, se dedicaba a instruir en ciencias y letras a los jóvenes que mostraban deseos de aprender. Fueron sus primeros discípulos don Yanuario Girón, don Agapito Fiallos, don Máximo Soto, don Alejandro Flores, don Lorenzo Motiño y don Leandro Carías. Ya instruidos sus discípulos, como no había Universidad en Honduras para obtener títulos académicos o profesionales, dirigiéronse en su mayor parte, a la ciudad de León de Nicaragua, a fin de terminar sus respectivas carreras. Bien pronto alcanzaron con notable lucimiento sus primeros diplomas áulicos, debidos a la enseñanza que les había dado su generoso maestro. Pero he aquí que, en 1844, el General salvadoreño Francisco Malespín llevó una guerra a Nicaragua, desastrosa en sus muchos resultados. Todo era, en ese tiempo, desconcierto y destrucción. Los discípulos de Reyes, amedrentados, tuvieron que regresar con penalidades sin cuento a su nativo país, viendo frustrados sus esfuerzos y los sacrificios de sus pobres familias. Lo de siempre: cuando se toma el fusil, se dejan el libro y la pluma; cuando se abren los cuarteles, se cierran las universidades y academias. Los golpes rudos del militarismo desatentado, hieren o matan a los trabajadores que cultivan las ciencias y las letras, que proporcionan el alimento material y moral de las naciones. Ojalá que alguna vez, en Centro América, la fuerza militar deje de ser la destructora de las ideas y de los derechos, y se limite a ser, cualquiera que sea el partido que triunfe en las contiendas sociales y políticas, la salvaguardia de los individuos, de la producción que alcanza el trabajo, y de la acción de la ciencia y de las letras, ejercida desinteresadamente por los que más estudian y padecen, oscuros y perseguidos en la vida, y muchas veces, después de muertos, glorificados por la Historia y aún por sus mismos detractores.

Entre los jóvenes que regresaron de Nicaragua, se contaban Yanuario Girón, Máximo Soto, Miguel Antonio Rovelo y Alejandro Flores. Viéndose sin ocupación provechosa y cortadas las alas de sus aspiraciones, ¡pobres aves que rastreaban!, les ocurrió buscar un ideal para su inteligencia, a la par que un noble objeto para sus actividades y energías. Convinieron en formar una Academia, en que pudiesen enseñar Latín y Filosofía, en sus diversos ramos, y obtener el apoyo y dirección del Padre Reyes.

El Padre acogió la iniciativa, con entusiasmo, y aun el título de la Academia dado por los proponentes: "Sociedad del Genio Emprendedor y del Buen Gusto"; título que, a la verdad, era impropio y hasta pedantesco, aplicado a un establecimiento literario constituido para la enseñanza del Latín y de la Filosofía.

El 14 de diciembre de 1845, en la que hoy es Casa de Gobierno, se instaló solemnemente la Academia, bajo la presidencia del Padre Reyes, y en presencia del vecindario notable, que manifestaba su grande y legítima satisfacción; Reyes, en calidad de Rector, pronunció un breve pero elocuente discurso de inauguración, y, haciendo justicia a sus alumnos, convertidos en profesores, dijo de ellos entre otras cosas: «Unos jóvenes que, uniendo a sus talentos una infatigable aplicación al estudio, han merecido los honrosos títulos literarios con que los condecoró la acreditada Universidad de León de Nicaragua, consagran hoy a la Patria sus tareas y vienen a pagarle las primicias de sus luces, haciéndole un servicio de clase superior a la de cuantos pueden prestarle sus más amantes hijos. Su misma ilustración les ha hecho conocer que las ciencias contribuyen, sobre manera, a hacer felices a los hombres y a los pueblos, y que, en los países donde por fortuna se han adoptado los principios democráticos, son de absoluta necesidad: y he aquí el don precioso que viene a ofrecerle. Ven la falta de establecimientos de enseñanza, no sin dolor, que en Honduras las ciencias están todavía encerradas bajo los pergaminos y capilladas, y no pueden ser indiferentes al malo-

gro y desperdicio de talentos privilegiados que se quedan sin cultivo, cuando debieran ser la honra de la Patria».

La buena semilla siempre germina, para dar, a su tiempo, flores y frutos. La humilde Academia o «Sociedad del Genio Emprendedor y del Buen Gusto», bien pronto hizo notables progresos y se convirtió en Universidad de la República. Apreciando el buen éxito de los trabajos de la Academia, el Padre Reyes propuso a la Municipalidad de Tegucigalpa que solicitase del Gobierno Supremo la autorización debida, para elevar el establecimiento, que tenía carácter privado, al puesto oficial de Universidad. Hubo oposiciones, como sucede, casi siempre, cuando se trata de operar adelantamientos sociales que chocan a los bien hallados con el atraso, quienes ven, en el movimiento y en la luz de una transformación, la pérdida de las ventajas que creen proporcionarles la quietud del establecimiento y la obscuridad de la ignorancia. Más triunfó la grande iniciativa de Reyes: la municipalidad presentó su solicitud, y el hábil político, Jefe del Estado, Doctor don Juan Lindo, que también fundó la Universidad de San Salvador, expidió el correspondiente decreto de autorización.

El memorable día 19 de septiembre de 1847, en la Iglesia de San Francisco de esta ciudad, se inauguró, con público regocijo, la Universidad de Honduras. Presidieron acto tan solemne el consabido Jefe de Estado, Doctor don Juan Lindo, el señor Obispo don Francisco de Paula Campoy y Pérez; asistió todo el vecindario distinguido de la ciudad, y se pronunciaron oportunos discursos por el señor Lindo, el señor Campoy, el Rector y algunos de los catedráticos. Al siguiente día de la inauguración, se graduó de Bachiller en Filosofía el joven Sinfiriano Rovelo; obteniendo el primer título que extendió la naciente Universidad. Al padre Reyes corresponde la alta honra de ser el fundador de la Universidad hondureña, pues a su iniciativa, afortunadamente hecha y dichosamente realizada, se debió su establecimiento. Fué también, el autor de sus estatutos que han regido, con algunas

modificaciones, hasta la publicación del nuevo Código de Instrucción Pública. Si Reyes hubiera vivido largos años, habría recibido la más grata y cumplida recompensa, viendo los óptimos frutos de su obra civilizadora. De la Universidad han salido, concluyendo o no sus estudios en ella, Máximo Soto, el primer médico-legista de Centro América; Yanuario Girón, aventajado teólogo; Samuel Escobar brillante orador sagrado; Celeo Arias, Valentín Durón, Crescencio Gómez y Vicente Ariza Padilla, juriconsultos de primer orden; Adolfo Zuniga, publicista y escritor sobresaliente; Julio Contreras, filósofo elocuente y humanista; Rafael Alvarado Manzano, juriconsulto y docto educador; Juan Ramón Reyes, poeta inspiradísimo; Alvaro Contreras, tribuno y periodista el más fecundo de la América Central, y varios otros de distinguido mérito, que sería prolijo enumerar en esta ocasión. Lástima grande que, debido a las ideas de la época y a los escasos elementos de la Universidad, no hayan salido de su seno geógrafos, historiadores, físicos, matemáticos, naturalistas, economistas y estadistas, de que tanto necesita Honduras, para que alcance a comprender sus verdaderos intereses materiales y morales. Empero, la obra de Reyes fué grandiosa, y espléndidos sus resultados. ¡Que el sacerdote evangélico reciba las bendiciones de la posteridad agradecida, y que sea imperecedera la gloria del padre legítimo de las letras hondureñas!

Fundada la Universidad, dedicaba Reyes su tiempo a la enseñanza, al ejercicio de su ministerio, a sus esparcimientos poéticos, y siempre que le era dado, al cultivo de sus numerosas relaciones. Era una vida de trabajos y de afectos, que no daba lugar al vacío de la inteligencia ni al triste vacío del corazón. Del confesionario, pasaba a componer canciones, villancicos y pastorelas; de la cátedra, a escribir su Compendio de Física, en que todos aprendimos los rudimentos de la ciencia, y buenos artículos, como el firmado Sofía Seyers, que publicaron los periódicos de la época; y del escritorio, a dar expansión a su genio comunicativo y jovial. Entretenía y deleitaba:

a las damas, en las tertulias y bailes, con su amena conversación y felices ocurrencias; a los caballeros, jugando sin interés a las cartas o empeñando partidas de billar; y a todo el pueblo, con los alegres paseos a La Laguna, con las competencias y emulaciones de los gremios en las fiestas de Mercedes, con los nacimientos de Navidad, y con las encantadoras veladas en la plaza del Calvario, durante el tiempo de la Pascua de Resurrección.

Disgustos, penas y desengaños no le faltaron, aun siendo tan dulce y benéfico. Tuvo enemigos gratuitos que le prodigaron insultos, y algunos de sus familiares, que no tomaron buen camino, muchas veces llenaron su alma de indecible amargura; pero a todo hacia frente con su resignación y prudencia. Varón justo, se encastillaba en su conciencia y su saber, y haciendo el bien, hallaba honesta distracción para su espíritu y consuelo para sus pesares. También es digno de notarse que, comunicándose con todas las clases sociales y mucho con las damas, y viviendo en una pequeña ciudad, en que hay muchas lenguas que hablan y pocas cabezas que piensan, ni aun sus mayores enemigos pusieron en duda su desinterés, sus virtudes privadas y la severa moral de sus actos. Jamás, ni una sospecha empañó el espejo en que podía verse la imagen pura del sacerdote inmaculado. Sus ideas independientes, y hasta agresivas, en el terreno de los principios, le trajeron enemistades, denuestos y aun persecuciones; pero su conducta, clara como la luz y limpia como el agua que sale del primer manantial, fué su sólido e impenetrable escudo. El odio y la calumnia no pudieron hincar en ella su diente envenenado, ni ensuciarle con la baba biliosa de sus impotentes iras. ¡Raro fenómeno, en una sociedad pequeña en que todo se adultera, en que domina la ruin envidia, en que los comentarios torticeros abundan, y en que tener talento, ciencia, disposición y nombre, es un gran crimen!

Si la iglesia le nombró sinodal del clero, en cuyo cargo mostró sus grandes conocimientos en cánones y teología y en materias litúrgicas, y si todos los prelados le dieron licencias ab-

solutas en prueba de completa confianza, los pueblos del Estado, en mérito de su patriotismo y de sus luces, también le dieron sus votos espontáneos para que fuese su representante, entonces que aun había alguna fe en asuntos de política. Siete veces fue diputado de la Nación, y figuró, en primera línea, en el célebre Congreso Centroamericano reunido en Tegucigalpa el año de 1852.

¡Qué de recuerdos! Era el 15 de septiembre, aniversario de la gran Patria. Se hallaban reunidos con el pueblo, en la iglesia parroquial, los representantes al Congreso, los primeros personajes de los fraccionados y mutilados pueblos de Centro América. El orador sagrado que iba a pronunciar el discurso político-religioso en día tan fausto y solemne, se excusó a última hora, por tener justificado inconveniente. Los diputados conocían a Reyes de nombre, pero no le habían visto sujeto a pruebas; pruebas que, por el hecho y no por la vocinglería, dan la medida de la importancia real de un hombre. Todos se interesaron en que subiese al púlpito. Reyes, pálido y conmovido, sube a la cátedra sagrada, y, bajo las alas del Espíritu Santo, y bajo el pabellón celeste y albo de la patria, improvisa, conmueve y arrebatada. Con unción religiosa, como Jeremías llorando sobre las ruinas de Jerusalén, lloró sobre las ruinas de la patria; y con ardiente nacionalismo, como Mazzini, fulminó anatemas sobre los destructores de la Unidad Nacional, y predijo con palabras de fe, de aliento y de esperanza, la reorganización de Centro América. ¡Magnífico espectáculo! El recoleto estaba en el Sinaí, el patriota en la tribuna del publicista. José Francisco Barrundia, de alma espiritual y de imaginación de fuego, quería aplaudir en plena iglesia; Gerardo Barrios, cojeando quería levantarse, fulguraban sus ojos y casi echaba mano a la espada; Enrique Hoyos, bilioso y polemista, se estremecía y palidecía; Justo Rodas, calculaba y se inquietaba; Pedro Zeledón, meditaba y se entristecía; Buenaventura Selva, pensando en las leyes, fruncía el entrecejo; José Guerrero, tocaba los frecuentes latidos de su pulso; Rafael Pino, poetizaba en

silencia y sonreía lleno de esperanzas; y Pedro Francisco de la Rocha, hacía esfuerzos para vencer su laboriosa digestión, y entreabría los ojos, en que empezaban a lucir rayos de entusiasmo; ¡y en medio de escena tan grandiosa, de rodillas, el pueblo hondureño lloraba!

Al bajar Reyes del púlpito, todos los diputados le abrazaron con la más tierna efusión. Era el abrazo fraternal de los primeros personajes de Centro América, en ciencias, letras y política. Pero ¿qué importa? Luego debía venir la guerra con todos sus horrores. El abrazo de hombres tan distinguidos no era el abrazo de los pueblos. ¡Pobres pueblos! Por cada cincuenta mil habitantes, hay un hombre ilustrado y patriota. Estadística cierta, pero tristísima. ¿Qué mucho, pues, que la gran masa, con la inmensa sombra que proyecta, no deje ver las pocas luces de la inteligencia que, de tarde en tarde, disipan, por un momento, las tinieblas de nuestro estado social? Reyes tomó asiento en el Congreso, y fué muy apreciado de sus colegas, por su saber y por su elocuencia, de que dió repetidas pruebas en las grandes discusiones que tuvo aquella Asamblea Constituyente, la que al fin, como frutos de sus trabajos, decretó en 13 de octubre de 1852, el Estatuto Provisorio de la República de Centro América. La guerra debía de seguir, como una consecuencia fatal de aquel supremo y malogrado esfuerzo del patriotismo centroamericano.

El Padre Reyes, a más de ser el hombre benéfico y el propagador de las luces de su país, fué, al propio tiempo, su poeta nacional. Nos ha dejado himnos patrióticos, poesías amatorias, felicitaciones e invitaciones, cantos elegíacos, villancicos, epigramas, y, sobre todo, sus famosas pastorelas.

En sus cantos patrióticos, tiene a veces, magnífica entonación, conceptos elevados y versos admirables; pero con frecuencia se oblitera el nervio de la inspiración, se apaga la llama de su entusiasmo, decae lastimosamente, y los destellos de su genio se menguan, por las sombras de ideas vulgares y de versos duros y hasta prosaicos, de todo en todo insoportables.

o o o

En donde el Padre Reyes se muestra como poeta de primer orden –me atrevo a decir inimitable– dadas las aptitudes y aficiones que privan hoy en día, es en sus pastorelas, que por cierto son sus obras más preciadas. En ellas no se presenta el poeta imitador servil o de circunstancias: es el poeta que, inspirado en la Historia Sagrada, que conocía profundamente, canta con naturalidad y dulzura las escenas de los campos y de las montañas de Honduras, y que critica, ya con feliz donaire, ya con punzante agudeza, los vicios y defectos de las gentes tenidas por cultas en su nativo pueblo. Por punto general, sus composiciones pastoriles son magníficas, porque guarda muy bien, dentro de la variedad, la unidad del pensamiento que en ellas domina; porque sostiene, admirablemente los caracteres de sus pastores; porque embellece sus escenas con oportunas, exactas y primorosas descripciones, y porque maneja el diálogo con tal facilidad y tal soltura, que hacen recordar, a cada paso, los diálogos de Alejandro Dumas en sus populares novelas, y de Manuel Bretón de los Herreros, en sus admirables obras dramáticas.

Aparte de los enunciados méritos, los versos de las pastorelas, por falta de ripios –que son patrimonio de nuestros ruines versificadores–, por sus cortes no violentos, por su candorosa espontaneidad, en especial en los asonantados de los romances, y por su ritmo que deleita al oído, son de todo en todo excelentes, y parecen provocar a vivir la vida del campo, a buscar, siguiendo el sentir amable del maestro Fray Luis de León «una descansada vida, lejos del mundanal ruido, y a seguir la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido».

A veces sus versos son tan naturales, tan fáciles y cadenciosos, que uno llega a creer que no ha habido trabajo alguno, ni menos arte alguno, en componerlos. Todo es el distintivo de la buena versificación, de la que enaltece a Gaspar Núñez de Arce, en España, y al inmortal José Batres Montúfar en Centro América. Donde se dejan ver conceptos espaciosos, es-

fuerzos y artificios de la expresión, el arte está perdido: a la poesía, que debe volar libremente como las aves felices, se la ve arrastrándose, a estilo de perezoso y repugnante reptil, y los versos insufribles y condenables ante el tribunal del buen gusto y de la crítica sensata. Más vale escribir en mala prosa que hacer versos ramplones. La prosa sin altos conceptos y sin propia forma, todavía puede alcanzar perdón; los malos versos jamás. Personificándolos, por vía de gracia, diré que tienen para sus culpas, las interminables penas del infierno de los católicos. Por una eternidad, estarán privados de la bienaventuranza de la gloria.

Poco entendido en achaques de crítica, y, aunque fuese muy entendido, la índole de este trabajo me vedaría juzgar por extenso las obras de Reyes. Empero, debo manifestar que las pastorelas, si bien abundan en bellezas, tienen también graves defectos. En ocasiones, los pastores y pastoras de Reyes saben mucho, tienen gran cultura intelectual y largos alcances, que no dan la vida y los usos de los campos. Pudiera hacérseles la observación que el atinado crítico don Antonio Alcalá Galiano hizo respecto del poeta don Juan Meléndez Valdés y de otros de su linaje: sus campos huelen a ciudad. Viene bien decir que Reyes disimulaba el defecto, con el empleo de ideas felices, con lindas descripciones y con la facilidad de diálogo; pero, para la buena crítica, aunque disimulado, el defecto queda subsistente. También prohija, a veces, expresiones de estilo bajo, que traen a la memoria los cuentos de Bocaccio y las ocurrencias de Quevedo. Graciosas son, en verdad, pero inoportunas, tratándose de gentes sencillas e inocentes, y de escenas que preparan a la adoración del Mesías, del Cordero Inmaculado.

Algunas de sus pastorelas están recargadas de cantos, y el mucho canto, cuando representa actos ordinarios de vida, no es natural, y cansa y hasta fastidia. A mí, sea por mi ignorancia, sea por mi mal gusto, me hace el efecto de las óperas, por las que muchos tanto se desviven. Gozo con la armonía y con la melodía, y aun me forjo la ilusión de que uno

enamora, tiene citas y hasta se casa, cantando; pero tener celos cantando, tener riñas cantando, odiar cantando, vengarse cantando, y suicidarse o morir cantando; todo esto —hecha excepción del mérito de la armonía y de la melodía— como copia artística de la vida, o me hace reír, por lo ridículo, o me hace bostezar, por lo continuado de... tan insigne tontería. Yo me identifico con el actor que representa un drama, siquiera sea mediano; jamás con un buen tenor, por mucho que recree mi oído. Aquél representa con naturalidad la vida real, recordada, sentida o presentida por todos; éste la música de los sonidos, que tiene limitada esfera, y que no debe usurpar sus fueros a la palabra, llamada a expresar la inmensa mayoría de los afectos, de las pasiones y de las ideas que forman los hilos de la trama de la vida individual y social.

o o o

No obstante la marcada vocación poética de Reyes debido a sus múltiples aptitudes, hizo buenos escritos en prosa, ya difundiendo ideas científicas, como en su Compendio de Física, ya promoviendo reformas en el sistema de educación, como en su interesante artículo que aparece bajo la firma de Sofía Seyers.

Se ejercitó poco en la prosa, y pudo llegar a ser un gran prosista. Tenía para ello eminentes cualidades: espíritu sintético a la par que analítico, mucho caudal de conocimientos en ciencias y letras, profundo conocimiento del idioma, y esa flexibilidad graciosa, que dan la imaginación y el buen gusto, para presentar las ideas en formas naturales y animadas, y llamar la atención de los lectores.

Más no llegó a ser un prosista sobresaliente, porque no se aplicó al objeto, porque no fue su negocio, como dicen los norteamericanos. Faltó a Reyes el estilo propio y sostenido que distingue al gran escritor, y que hace que se le reconozca siempre en todas sus producciones. De ello Reyes no es responsable, no trató de ser un buen prosista sino de ser un buen sacerdote, poeta bucólico, y propagador de las ciencias y de las letras. Dados sus tiempos y los escasos medios de que dispuso, cum-

plió dignamente su misión, y hay que hacerle justicia.

Para juzgar a los hombres hay que fijarse en el medio social en que viven. Reyes tenía las más variadas y sorprendentes facultades. Era filarmónico, y en Tegucigalpa, la población más culta de Honduras, no había un piano; y él introdujo el primer piano. Era escritor, y no había una imprenta, y él introdujo la primera imprenta llamada de "La Academia". Era literato, y no había una biblioteca; y él fundó la de la Universidad. Era entendido en Astronomía, Física y Química, y no había elementos, ni aun rudimentarios, para un observatorio, para un gabinete de Física y para un laboratorio de Química. Reyes se encontraba en el vacío. Suplían al aristocrático piano, la popular guitarra; a la imprenta, los manuscritos de pésimos pendolistas; a la biblioteca, unos pocos y maltrechos libros, que eran antiguallas en la Europa moderna; a los telescopios, los ojos del observador que veía los astros con el aumento de la luz de su alma; a los instrumentos de física, las fuerzas del empeño del trabajador que estudia; y a los experimentos químicos, hechos por los procedimientos modernos, las observaciones empíricas sobre la composición y descomposición de los cuerpos. ¡Ah! si Reyes hubiese vivido en estos nuestros tiempos, en que hay abundantes, y preciosos elementos para la ciencia, tendría un puesto de honor en el banquete de los sabios, que olvidan el beefsteak para el estómago, por buscar el pan de la inteligencia de los hombres que vigoriza y eleva el espíritu de la humanidad. ¡Qué divina eucaristía! Con ella debe comulgar la especie humana. Dios, que nos ha dado sentimiento y razón, no debe ofenderse porque comulgemos de un modo tan conforme a los instintos e ideales de nuestra pobre naturaleza.

o o o

Apartándome del terreno vedado de la ajena conciencia, y de las ajenas creencias, hora es de que trate, no sin profunda tristeza, de los últimos años y término de la vida de Reyes.

Desde su regreso de Guatemala su casa fué el centro de las más amenas tertulias y de

las más francas y dulces recreaciones. Su señora madre, doña María Francisca, encantaba por su talento, por su instrucción y por las agudezas de su ingenio; su padre, don Felipe Santiago, agradaba por su bondad, por la sencillez de su carácter, y por las muestras de sus dotes musicales; y todos sus amigos y discípulos complacían por la ingenuidad del afecto, por la sinceridad de la confianza, por las ocurrencias felices, por los donaires del festivo decir, y por todos aquellos mil y mil detalles, obras de la amistad y de cariño, que sólo pueden apreciarse cuando se tiene un hogar seguro, una madre que es una providencia, una conciencia tranquila, una inteligencia que comprende mucho, un corazón que ama intensamente, y un círculo de familiares y amigos que, confundidos en un solo sentimiento, dan inspiración a la mente y dulce sosiego al espíritu, y que aprisionan al jefe de la casa con cadenas de flores que hacen olvidar los duelos de lo pasado y las incertidumbres de lo porvenir. Tal era el hogar de Reyes, y así comprendo yo mi hogar.

Dichas humanas no pueden ser durables. Doña María Francisca murió repentinamente en junio de 1847. Don Felipe Santiago, a causa de tan rudo golpe, quedó en profundo abatimiento, fué víctima de una enajenación mental, y terminó sus días en el año de 49. Otros individuos de la familia de Reyes pagaron, casi al propio tiempo, su tributo a la muerte, lo mismo que algunos de sus amigos más íntimos, entre ellos uno que había sido su discípulo querido, el virtuoso e ilustrado sacerdote don Agapito Fiallos. La que antes fuera casa de reuniones, de tertulias y de recreos producidos por la civilidad y por el arte, tornóse en mansión del silencio. ... Si Reyes hubiese vivido en mis tiempos, habría dicho como Bécquer:

¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!

Idos sus padres y sus mejores amigos, Reyes fué perdiendo las fuerzas de la salud y su genio comunicativo. La muerte le había arrebatado las más caras afecciones, y el sepulcro tiene sus voces para los hombres de corazón y de talento que saben oírlos. Vivía triste; su genio

expansivo se disminuía, y todo hacía comprender que sentía la aproximación de su fin. ¡Qué dolorosa previsión para el hombre que siente, ama y piensa con toda su alma! ¡Dichosos los imbéciles que olvidan lo pasado! ¡Dichosos los estúpidos que no piensan en lo porvenir! ¡Dichosos, sí los que sólo se fijan, por instinto, en las satisfacciones del momento! Más no; ésta no es una dicha. Que se abrace el cerebro por el fuego del pensamiento; que se destroce el corazón a fuerza de sufrir; pero, con todo y todo, un instante de satisfacción al hombre pensador y sentido, vale más que un siglo de vida de un idiota, para la humanidad que vive y vivirá, pese a la ignorancia, pese al sibaritismo, pese a las brutalidades de la fuerza, por las inspiraciones del corazón y del talento.

El estado psicológico de Reyes tuvo que ejercer influencia fatal en algunos de sus órganos, o en alguno de sus elementos esenciales que constituyen su vida. Era rico en sangre y no pudo venir la anemia; tenía perfecto el corazón, y no pudo venir la atrofia; tenía buenos pulmones, y no pudo venir la tisis; tenía un buen cerebro bien organizado, y no pudo venir ni el reblandecimiento ni la locura; tenía un hígado que no podía dar grandes secreciones biliosas, y no pudo venir la fiebre, ni el envenenamiento instantáneo o lento de la sangre. ¿Qué tenía Reyes? ¡La vida en su corazón y en su cerebro! De aquí que se alterasen las funciones de su estómago, y ésta fué la gran perturbación de su organismo. Reyes, pensando como teólogo, tal vez no pudo pensar como sabio, y si alguna vez amó con amor profano, contrapropuesta estuvo su conciencia de sacerdote. Pudo haber, como dice Hugo, una tempestad bajo un cráneo, y ya que con sus rayos no pudo herir al fraile, pudo tal vez destruir el estómago del hombre.

La enfermedad de que fué víctima se exacerbó, de un modo alarmante, desde principios de 1855. Los doctores don Máximo Soto y don Hipólito Matute hicieron esfuerzos para regularizar las funciones del órgano enfermo, pero sólo lograban dar al paciente cortas mejorías. En una de éstas fuése a la capital de Comaya-

gua, a visitar al Ilustrísimo señor Obispo, don Hipólito Casiano Flores, que había venido de consagrarse de El Salvador, y a quien acompañó en su primera misa pontifical. Regresó en junio, y desde entonces no tuvo un día de alivio. Cediendo al voto de los facultativos, fué a la vecina aldea de Soroguara, para probar si en el campo podía recobrar la salud. En fines de agosto, volvió a la ciudad; pero ya tan enfermo y decaído, que apenas bendijo el agua el día de San Ramón, y no pudo tomar parte en las alegres fiestas de Mercedes, que formaban uno de sus mayores encantos. A mediados de septiembre tuvo ya que permanecer constantemente en el lecho, preparó su espíritu para el eterno viaje. Recibiendo los sacramentos del Presbítero don Pío Gómez, reconciliándose en el tribunal de la penitencia con el Presbítero Juanuario Girón, y haciendo, ante el Juez de Primera Instancia, la expresión de su última voluntad, Reyes quiso irse de este valle de lágrimas en completa paz con Dios y con los hombres.

Un pálido sol de invierno alumbraba escasamente el lluvioso día del 29 de septiembre de 1855. La celebrada campana del reloj de la iglesia parroquial daba, a intervalos, lúgubres toques de agonía. Reyes estaba muriendo; la ciencia era impotente, y el organismo del recoleto benéfico iba a volver al seno de nuestra madre común, la tierra. Por los claustros del Convento La Merced, hoy Universidad Central, discurrían hombres y mujeres de todas clases sociales, ancianos, adultos y niños, con los ojos arrasados de lágrimas. Al fin sonaron las diez de la mañana, y... En los brazos de los sacerdotes y amigos que le acompañaban, Reyes exhaló, con la suavidad de un niño, su postrer aliento.

1878. Rosa, Ramón. (1878). *Biografías. José Trinidad Reyes*. En Heliodoro Valle, Rafael. (1993). *Ramón Rosa. Oro de Honduras. Antología*. Segunda edición. Tomos I y II. Tegucigalpa: Editorial Universitaria, Universidad Nacional Autónoma de Honduras. Tomo I, páginas 7-23.